



Johnson y Robert Kennedy en Brooklyn, durante la campaña electoral del primero. Ya se ha aclarado el secreto de la hostilidad entre el «clan Kennedy» y el repentinamente todopoderoso Presidente Lyndon B. Johnson. Robert, ha atacado en el Senado la política de la Casa Blanca en cuanto a la acción en el exterior.

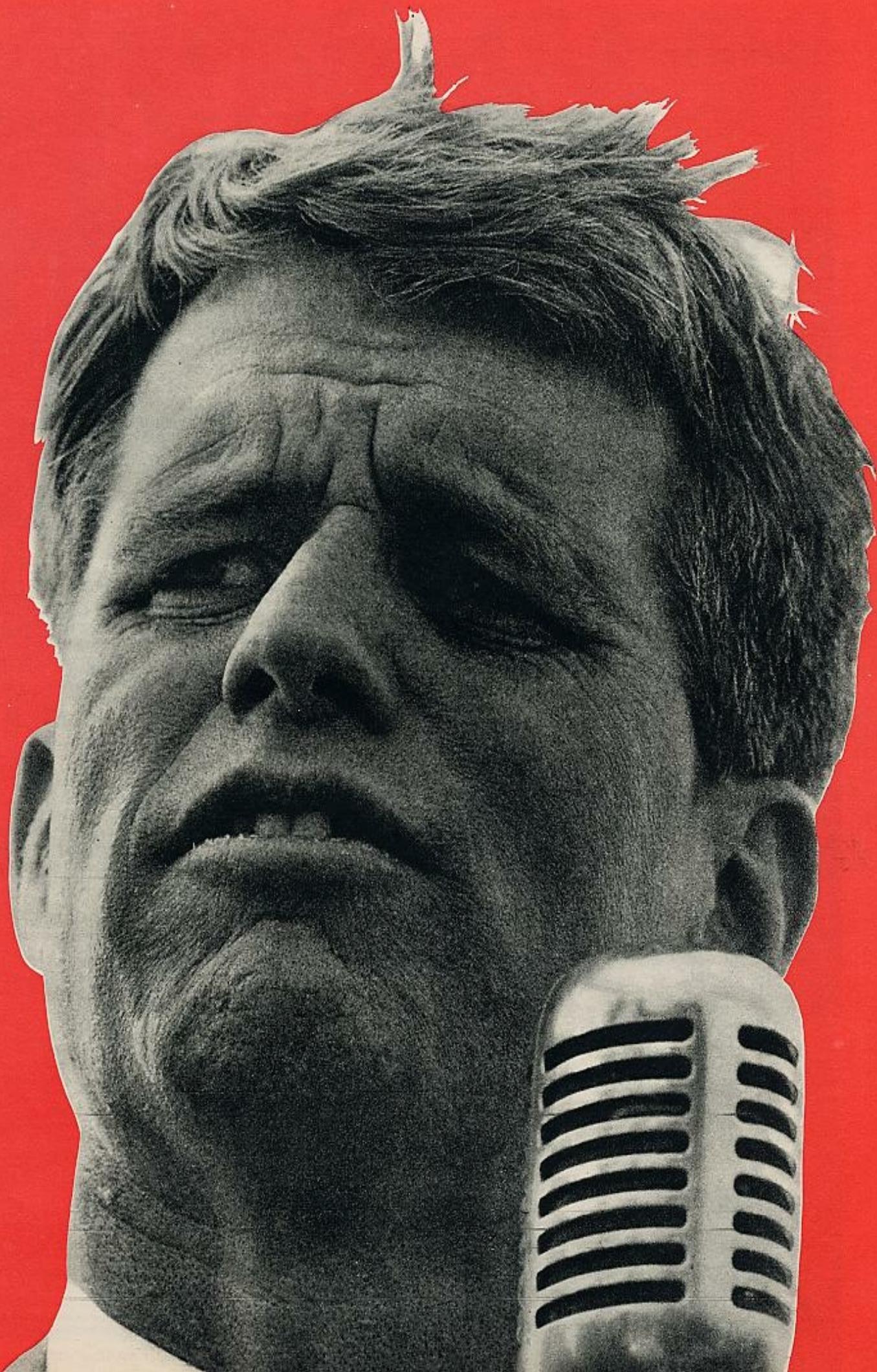
EL CLAN KENNEDY, EN GUERRA CONTRA JOHNSON

HASTA que pasen siete años no podrá haber un Kennedy de nuevo en la Casa Blanca a menos de que ocurran circunstancias extraordinarias —muertes, dimisiones, catástrofe nacional—; pero, aun dentro de siete años, Robert Kennedy —llamado, naturalmente, Bobby— tendrá nada más que 46 años; y su hermano Edward —naturalmente, Teddy— tendrá cuarenta. En política, estas edades se llaman «juventud madura». Para ellos es tiempo ya de desgajarse de la política de Johnson, de mostrarse personales, individualizados, separados de la política oficial demócrata —es decir, de la política del

Presidente— y constituir «una nueva esperanza». La batalla ha comenzado. El secreto de la hostilidad entre el clan Kennedy y el repentinamente poderoso Presidente Lyndon Baines Johnson ha dejado de ser un secreto. Jacqueline, la viuda del Presidente asesinado, rechaza discretamente las invitaciones a la Casa Blanca. Robert ataca en el Senado la política de Johnson en cuanto a la acción en el exterior; Edward critica severamente la política interior. Todo el grupo de políticos, periodistas, hombres de negocios que formaron el Estado Mayor del Presidente Kennedy apoyan a los hermanos en esta guerra. Es necesario hacer notar que no se

Por Juan Aldebarán

trata de preparar una campaña electoral en la que un Kennedy tenga que vencer a Johnson, porque precisamente el año en que uno de ellos —Robert, con seguridad— pueda presentarse a las elecciones presidenciales, será el mismo en que Johnson tendrá que retirarse de la vida pública. En las próximas elecciones —1968—, el Presidente Johnson volverá sin duda —repito, salvo incidente— a presentarse, como es tradicional, y también, como **SIGUE**



EL CLAN KENNEDY

No se prepara una campaña electoral en la que un Kennedy tenga que vencer a Johnson: el año en que este último se retire de la vida pública, Robert podrá presentarse a las elecciones. Por lo pronto, el «clan» se ha independizado: Jacqueline no acepta las invitaciones a la Casa Blanca, Edward critica la política interior, y el Estado Mayor de Kennedy apoya a los hermanos en esta «guerra».



es tradicional, ganará esas elecciones, puesto que contará con todos los resortes del poder; pero en las siguientes —1972—, el Presidente tendrá que retirarse, porque así lo requiere la Constitución —que prohíbe que un mismo hombre ocupe la Presidencia por más de dos periodos consecutivos— y el partido demócrata tendrá que elegir un nuevo candidato que se oponga al que seleccionen los republicanos —y que, naturalmente, ya no podrá ser Goldwater—. Por lo tanto, la campaña de los Kennedy no está hecha para quitarle el puesto a Johnson. Su objeto es marcar sus propias distancias con respecto a una política que consideran negativa para los intereses nacionales, no verse envueltos en ella. Probablemente hay también problemas personales más hondos. Problemas de enemistad profunda.

Dos libros recientemente aparecidos hacen remontar estas diferencias a unos años atrás, en vida del Presidente Kennedy. Es decir, cuando Kennedy era candidato a la presidencia de la nación y eligió, contra su voluntad, a Lyndon B. Johnson para que le acompañara en la candidatura como candidato a la vicepresidencia. Uno de estos libros es «The making of the President.—1964», de Teodoro H. White; el otro, «A thousand days: John F. Kennedy in the White House», del historiador Arthur Schlesinger, uno y otro enormemente apasionantes. Entre las dos versiones hay algunas diferencias de detalle. Puede colegirse de ellas que Kennedy ofreció la vicepresidencia a Johnson para mantener unido al partido demócrata, pero estaba absolutamente seguro de que Johnson la rechazaría porque preferiría su activo, vital puesto en el Senado que el borroso cargo de vicepresidente. Cuando Johnson aceptó, Kennedy quedó profundamente decepcionado. Fue precisamente Robert quien, en nombre de su hermano, estaba encargado de hacer la oferta, y parece que la hizo con estas palabras sibilinas: «Mi hermano quiere que sea usted candidato a la vicepresidencia, si es que usted quiere ser vicepresidente». Inesperadamente se encontró con una aceptación. Robert Kennedy regresó de esta entrevista con aspecto de derrota. Al día siguiente, comentaba: «Dios mío, esto no hubiese podido ocurrir si no hubiésemos estado tan cansados anoche...». Johnson es lo suficientemente inteligente como para saber que fue vicepresidente contra los Kennedy y que dentro del clan probablemente era Bobby el más opuesto a él.

No tardó en vengarse. Cuando el crimen de Dallas le convirtió en inesperado Presidente accidental, y luego en candidato a la Presidencia, todo el mun-

do esperaba que Robert Kennedy sería el vicepresidente, pero Johnson le apartó de su lado; incluso le forzó a abandonar su puesto de ministro de Justicia, desde el que había conducido una lucha importante contra los «gansters» y en favor de la liberalización de los negros oprimidos en el Sur.

Robert Kennedy hubiera quedado apartado de la política sin su audaz decisión de presentarse a las elecciones para el puesto de senador por el Estado de Nueva York, que no era su Estado y que tenía ya un candidato ideal, al que derrotó brillantemente. Una crónica de la Agencia UPI le describe así: «delgado y tenso, parece un monje capaz de dejarse matar por sus convicciones, o a un inquisidor juzgando a un hereje. Irradia ambición y energía pero, después de la muerte de su hermano, una sombra de melancolía le oscurece frecuentemente. Cuando no se encuentra en su cuadro familiar da la sensación de un hombre frío, como si no tuviese en cuenta de que tiene adversarios encarnizados y amigos fervientes y leales». En cuanto a Edward Kennedy, se presentó a las elecciones de senador por el Estado de Massachusetts, derrotó al hijo del presidente de la Cámara de Representantes (enormemente popular), y se convirtió en uno de los más jóvenes senadores del país. Su perfil humano es distinto del de Robert: alegre, deportivo, sonriente. La muerte de John F. Kennedy también le transformó: sin adoptar la máscara de tragedia de Robert, ha adquirido seriedad y hábito de trabajo. Entre los dos forman en el Senado un equipo homogéneo, duro, serio. Sin salirse de la

relativa disciplina del partido, están fortaleciendo el ala liberal, izquierdista. Como Johnson, para gobernar, tiene que apoyarse en el ala derecha casi exclusivamente y, lo que es más grave, en el partido republicano que fue su rival en las elecciones, pero del cual ha heredado los principales dogmas en cuanto a política exterior; los Kennedy encuentran fácilmente el medio de concentrar en torno a ellos todos los descontentos.

Los principales puntos marcados por Bobby Kennedy pertenecen al campo de la política exterior. En mayo pasado se opuso a la intervención americana en Santo Domingo, en junio, atacó al Gobierno porque no ayudaba a la creación de un tratado mundial contra la proliferación del arma nuclear; en julio, ha atacado la intervención en el Vietnam, lanzó la idea de que la «escalada» es mejor que la «desescalada» —esto es, que hay que comenzar a descender los escalones hacia el aumento de la guerra que erróneamente ascendieron— y dijo que «un Gobierno obligado a bombardear sus propias ciudades no puede continuar siendo un Gobierno durante mucho tiempo». Cada una de estas intervenciones ha sido un impacto en la opinión pública. En cuanto al joven Teddy, su discurso para dar mayor dosis de liberalismo a una ley de Johnson favoreciendo el voto de los negros ha sido también un éxito.

Desde un punto ajeno a la política, la lucha entre los Kennedy —elegantes, intelectuales, prestigiados por la figura del hermano muerto, aristocráticos, sociales— y Johnson —tejano duro,

crecido en la dureza por la importancia de su puesto, descuidado en su lenguaje, sin moderación en sus actos— tiene los aspectos de una tragedia clásica. Es curioso que esta lucha se realiza sin nombres propios. Los Kennedy no atacan jamás directamente a Johnson, sino a la política gubernamental. Johnson no menciona el nombre de los Kennedy en sus actos públicos, aunque se dice que, en privado, no modera sus expresiones cuando se refiere a ellos.

La principal víctima de esta situación es el vicepresidente Humphrey. Cuando la constitución aparte del poder a Johnson, él debe ser el elegido como candidato por el partido demócrata; a él es a quien los Kennedy están quitando su puesto. Humphrey es probablemente más liberal, está situado más a la izquierda que los Kennedy; pero su cargo le impide manifestarse contra la política gubernamental, menos aún contra el Presidente Johnson. Humphrey es un prisionero de Johnson. Como es costumbre, cuando Johnson fue elegido Presidente pronunció unas palabras calurosas con respecto a Humphrey; como es costumbre, manifestó que en esta ocasión el vicepresidente saldría de su habitual limbo y que por primera vez tendría un gran peso político en la vida de la nación; como es costumbre también, a partir de este momento Humphrey desapareció tragado por uno de los innumerables despachos de la Casa Blanca, y apenas nadie ha vuelto a recordarle...

J. A.

(Fotos ARCHIVO)

Robert, en Nueva York. Últimamente ha atacado la política norteamericana en el Vietnam y en Santo Domingo, obteniendo un gran impacto en la opinión pública.

